
LOS ENFERMOS DE SINALOA Y LA DERROTA DE LA CULTURA GUERRILLERA FRENTE A LA NARCOCULTURA DURANTE LA DÉCADA DE 1970

LOS ENFERMOS OF SINALOA AND THE DEFEAT OF GUERRILLA CULTURE IN THE FACE OF NARCOCULTURE DURING THE DECADE OF 1970

Adela Cedillo Cedillo¹

Sección: Artículos

Recibido: 25/04/2023

Aceptado: 17/07/2023

Publicado: 26/06/2024

Resumen

Este artículo examina la formación de las subjetividades políticas de guerrilleros y narcotraficantes en Sinaloa, en el contexto tanto de la Guerra Sucia como de la guerra contra las drogas en la década de 1970. Se argumenta que esas subjetividades, expresadas en culturas políticas antagónicas, no sólo resultaron de condiciones estructurales a largo plazo relacionadas con la tenencia de la tierra y la lucha de clases, sino también de una combinación de tradiciones culturales locales e ideologías globales de la Guerra Fría. Tanto la cultura guerrillera como la narcocultura surgieron como reacción al modelo de modernidad que se introdujo en Sinaloa a través del desarrollo de la agroindustria para favorecer a la élite agraria posrevolucionaria. A pesar de sus orígenes comunes, la cultura guerrillera promovía la destrucción del capitalismo y la implantación de un sistema socioeconómico socialista basado en la búsqueda del bien común y la igualdad radical, mientras que la narcocultura era el epítome del capitalismo ilegal, cuya aspiración central era emular a toda costa el nivel de riqueza de la élite agraria. El artículo explora los fundamentos de ambos sistemas culturales y explica cómo la superposición del movimiento guerrillero, las rivalidades entre

¹ Profesora Asistente del Departamento de Historia de la Universidad de Houston. Correo electrónico adela.cedillo@outlook.com  <https://orcid.org/0000-0002-8597-2719>.

narcoclanes y la actividad contrainsurgente, hicieron de Sinaloa un campo excepcional de extralegalidad y terror estatal que propició un estado de sitio permanente, lo que a su vez impulsó la desaparición de la cultura guerrillera y el auge de la narcocultura.

Palabras Clave: guerrilla urbana, narcotráfico, contrainsurgencia, estado de sitio.

Abstract

This paper looks at the formation of the political subjectivities of guerrillas and drug traffickers in Sinaloa, in the context of both the Dirty War and the War on Drugs in the 1970s. Those subjectivities, expressed in antagonistic cultural systems, not only resulted from long-term structural conditions related to land tenure and class struggle, but also from a combination of local cultural traditions and global Cold War ideologies. Both guerrilla culture and narcoculture emerged as a reaction to the model of modernity that was introduced into Sinaloa through the development of agribusiness to favor the post-revolutionary agrarian elite. Notwithstanding their common origins, guerrilla culture promoted the destruction of capitalism and the implementation of a socialist socio-economic system based on the pursuit of the common good and radical equality, while narcoculture was the epitome of illegal capitalism, whose central aspiration was to emulate the agrarian elite's level of wealth at any cost. This article explores the foundation of both cultural systems and explains how the overlapping of the guerrilla movement, drug-clan rivalries, and counterinsurgency activity, transformed Sinaloa into an exceptional field of extra-legality and state terror that brought about a permanent state of siege, which in turn prompted the demise of the guerrilla culture and the rise of narcoculture.

Key words: urban guerrilla, drug trafficking, counterinsurgency, state of siege.

Introducción: ¿Eres Narcotraficante o Guerrillero?

A mediados de 1973, Sergio Hirales Morán, uno de los líderes del Movimiento Enfermo en Sinaloa, abordó un autobús en Culiacán rumbo a Mexicali, Baja California. En una inspección rutinaria en un retén, el ejército encontró marihuana, propaganda y armas escondidas en el equipaje de los pasajeros. Cuando a Hirales le tocó el turno de ser interrogado, los militares le espetaron: "eres narcotraficante o guerrillero?" Después de su respectiva calentada, Hirales se declaró falsamente como el poseedor de la droga y fue llevado a prisión. De haber revelado que era guerrillero, hubiera sido sometido a los más atroces métodos de tortura para delatar a sus compañeros ². Era de conocimiento público que las fuerzas de seguridad daban un peor trato a los guerrilleros que a los narcotraficantes. El caso de Hirales fue un episodio común, aunque representativo del tipo de violencia que comenzó a yuxtaponerse en el estado de Sinaloa durante comienzos de los años setenta, en un escenario gradualmente dominado por el narcotráfico, la guerrilla y la contrainsurgencia. La triada de violencia alcanzó una magnitud sin paralelo en el resto del país, convirtiendo a Sinaloa en un campo excepcional de extralegalidad y terror. Estas tres vertientes fueron resultado de la combinación de condiciones estructurales específicas del país, procesos desencadenados por la Guerra Fría mundial y tradiciones político-culturales locales, influenciadas por ideologías globales.

Este capítulo se enfoca específicamente en la formación de la subjetividad política de guerrilleros y narcotraficantes durante los 1970, expresada en la cultura guerrillera y la narcocultura. En su libro *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Wood (2003) demuestra que, en el caso de la insurgencia popular en El Salvador durante 1980, las motivaciones emocionales y morales fueron esenciales para desencadenar la acción colectiva insurgente en circunstancias de alto riesgo marcadas por la represión y la guerra civil, y esos elementos incluso fueron más fuertes que el compromiso ideológico. Las conclusiones de Wood no pueden ser extrapoladas mecánicamente al caso mexicano debido al papel fundamental que tuvo la ideología en la articulación de La Liga Comunista 23 de Septiembre y el Movimiento Enfermo, sin embargo, éstas evidencian la importancia de atender las múltiples dimensiones que subyacen al radicalismo, especialmente las que atañen a la subjetividad política.

La cultura revolucionaria global era un repositorio sin localización geográfica, del que cualquiera podía extraer conocimientos, ideas y prácticas políticas. Dada su posición entre la frontera con Estados Unidos y el Océano Pacífico, Sinaloa se convirtió en un lugar idóneo para recibir las ideologías que circulaban

² La calentada era el eufemismo habitual para aludir a la tortura. Esta anécdota me fue contada por el exguerrillero José Luis Alonso Vargas en una conversación informal. El hermano de Sergio, Gustavo Hirales, ofrece una versión más ambigua de ella en su testimonio novelado. Hirales (1996, pp. 254-255).

globalmente. La cultura guerrillera, además, fue concebida a partir de una larga tradición de lucha socialista en la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), que añadió a su repertorio las corrientes revolucionarias de los años sesenta. La antítesis más evidente y estudiada de la cultura de guerrilla fue la doctrina contrainsurgente, uno de los pilares de la doctrina de seguridad nacional. Por el contrario, el antagonismo entre cultura guerrillera y narcocultura es un tema inexplorado hasta ahora. Sinaloa es uno de los casos donde la comparación cobra más sentido, dado que ambos sistemas se desarrollaron simultáneamente y tuvieron orígenes comunes en la transición de la vida rural a la urbana provocada por la modernización agroindustrial.

La oposición entre ambos es más intrigante en la medida en que no fue una expresión de enfrentamiento físico entre guerrilleros y narcos, sino fundamentalmente una competencia en el ámbito ideológico-simbólico. La comparación de la cultura guerrillera y la narcocultura arroja luz sobre la manera en que cada actor justificó el recurso a la violencia para defender sus sistemas de creencias, valores y estilos de vida.

Los llamados Enfermos fueron actores centrales del periodo conocido como la Guerra Sucia. Se trataba de un movimiento estudiantil de extrema izquierda surgido en la UAS a principios de la década de 1970, que tomó su nombre del lema anónimo: estamos enfermos del virus rojo de la revolución. Tuvieron su epicentro en la capital del estado, Culiacán, e intentaron hegemonizar el movimiento estudiantil a nivel estatal. También participaron en movilizaciones de obreros, campesinos, choferes de autobuses y paracaidistas (precaristas). En 1973, Los Enfermos se unieron a la coalición guerrillera encabezada por la organización partidaria, posteriormente bautizada con el nombre de Liga Comunista 23 de Septiembre (en adelante La Liga) y se convirtieron en su mayor frente urbano armado a nivel nacional (Sánchez, 2012a).

La mayoría de los estudiantes Enfermos pertenecía a la primera generación que accedía a la enseñanza superior gratuita. Procedían de familias campesinas o de trabajadores no calificados que acababan de migrar del campo a la ciudad. Debido al origen social de estos estudiantes, los promotores de las ideas socialistas encontraron un terreno fértil en las casas del estudiante (un programa de vivienda para estudiantes subvencionado por el gobierno estatal) para reclutar activistas. Una vez consumada la transición de estudiantes a activistas, los jóvenes adquirieron una consciencia de clase que les permitió identificarse como la vanguardia política del proletariado, la clase a la que pertenecía la mayoría de sus familias.

La radicalización de los movimientos estudiantiles en todo el país a finales de la década de 1960 impulsó la formación de un ala revolucionaria, opuesta a la política tradicional del Partido Comunista Mexicano (PCM). Los Enfermos encarnaron el espíritu de la nueva izquierda de Sinaloa y también elaboraron sus propias interpretaciones del marxismo-leninismo, la cultura guerrillera y las cuestiones militares. Aunque Los Enfermos tenían vínculos orgánicos con los

movimientos populares, la izquierda democrática los estigmatizó ampliamente calificándolos de activistas desquiciados, sanguinarios y suicidas. Ambas corrientes de izquierda, demócrata y revolucionaria lucharon por el liderazgo y la representación de los movimientos sociales en uno de los periodos de mayor convulsión en la historia posrevolucionaria de Sinaloa.

El 16 de enero de 1974, La Liga coordinó a decenas de brigadistas Enfermos en una acción en las afueras de Culiacán, pomposamente bautizada como el Asalto al Cielo³. Los guerrilleros buscaron agitar alrededor de quince mil jornaleros para encauzarlos a luchar contra terratenientes y burgueses y desencadenar con ello una insurrección popular, pero la policía y el ejército frustraron el levantamiento y establecieron un estado de sitio de facto. Nadie ha investigado el número aproximado de civiles que fueron detenidos, asesinados o desaparecidos en la campaña contrainsurgente que siguió al Asalto al Cielo, pero hay certeza de que la represión fue brutal e indiscriminada. A pesar de la violenta erradicación de la primera generación de activistas Enfermos, La Liga permaneció activa en Sinaloa hasta 1979. Durante esos años, los guerrilleros no tuvieron ningún tipo de enfrentamiento ni mucho menos alianza con los narcotraficantes, a los que veían como un sector lumpen condenado a desaparecer tras el triunfo de la revolución.

Tan sólo dos años después de la insurrección fallida, hubo 543 asesinatos en Culiacán relacionados con el narcotráfico, lo que posicionó a la ciudad de 250.000 habitantes como la más violenta del México de la Guerra Fría (Urioste, 1976). Los clanes de la droga que estaban detrás de la violencia urbana se habían originado en los Altos de Sinaloa, especialmente en el municipio de Badiraguato, uno de los mayores productores de marihuana y adormidera del país. Dichos clanes basaban en relaciones de parentesco y vecindad y tenían una estructura jerárquica (Fernández, 2016). Jornaleros y pequeños productores de droga estaban en la base de la pirámide, los narcotraficantes en el centro y los narcocaciques y los señores de la droga en la cúspide. La competencia se daba entre estos últimos, por el control del mercado y las rutas de la droga.

De acuerdo con la Administración de Control de Drogas (DEA, por sus siglas en inglés) en 1975, cuando México suministraba hasta el 87% de la heroína que entraba en Estados Unidos, los clanes de la droga empezaron a luchar entre sí para aumentar su cuota en el mercado, eliminando a sus competidores (Heath, 1981, p. 5). Mediante las campañas antidroga conocidas como operaciones Trizo y Cóndor -que prolongaron indefinidamente el estado de sitio-, los organismos policiacos y militares desempeñaron un papel clave en el fomento de un clima de terror social. Su objetivo no era acabar con el narcotráfico, sino extorsionar a los productores de droga, eliminar a los competidores débiles y crear redes de protección para los señores de la droga más exitosos (Cedillo, 2022). Los ganadores de la guerra contra

³ El Asalto al Cielo alude a una expresión que Karl Marx empleó en una carta al Dr. Kugelmann el 12 de abril de 1871, para describir la Comuna de París, donde la clase obrera parisina estaba asaltando el cielo.

las drogas fueron un puñado de capos protegidos por las autoridades federales, que formaron el Cártel de Guadalajara. En este contexto, la narcocultura tuvo un amplio desarrollo y registró la conversión de los clanes de la droga en organizaciones del crimen organizado mejor estructuradas.

Froylán Enciso ha destacado la existencia de dos narcoculturas, la alta y la baja. La primera corresponde a aquellos actores que se mimetizan con las élites de poder a pesar de sus actividades ilícitas. La segunda pertenece a los sectores populares empleados por la industria del narcotráfico que se ganan la vida en ella, pero no ejercen control sobre ningún aspecto de la producción. Se destina en gran medida al "reclutamiento, la protección ideológica frente a la estigmatización y la gestión psicológica del riesgo" (Enciso, 2015, p. 196). Esta división, sin embargo, no estaba tan clara en los años setenta, cuando la narcocultura apenas empezaba a tomar forma. Además, antes del auge de la cocaína en los años ochenta, la narcocultura era sustancialmente rural y estaba restringida a regiones productoras de droga como el Triángulo Dorado (la zona donde la Sierra Madre Occidental atraviesa los estados de Sinaloa, Chihuahua y Durango). Estos años formativos, donde apenas comenzaba la diferenciación de la narcocultura según las clases sociales, son cruciales, pero han sido poco estudiados.

Este artículo argumenta que tanto la cultura guerrillera como la narcocultura surgieron como una reacción al modelo de modernidad que fue introducido en Sinaloa a través del desarrollo de la agroindustria para favorecer a la élite agraria post-revolucionaria. La cultura guerrillera sinaloense se propuso acabar con el capitalismo e implementar un sistema socioeconómico socialista basado en la búsqueda del bien común y la igualdad social. En cambio, la narcocultura fue la máxima expresión del capitalismo ilegal, cuya principal aspiración era emular el nivel de riqueza de las elites a cualquier costo humano o moral.

Aunque ambas culturas giraban en torno a la violencia colectiva para lograr sus fines, su entendimiento de las prácticas violentas también era antagónico. Los guerrilleros identificaron a las fuerzas de seguridad que salvaguardaban la dictadura del capital y del Estado Burgués como el principal enemigo, al cual aspiraban a derrotar a través de estrategias político-militares. Por el contrario, los narcotraficantes establecieron una frontera móvil en la que el amigo/aliado de hoy podía ser el enemigo de mañana y cualquier método era válido para someterlo. La narcoviencia estaba determinada únicamente por las leyes del mercado y la competencia, pese a lo cual también tenía sus propios códigos de honor, como la prohibición de meterse con la familia de alguien.

Tanto la cultura guerrillera como la narcocultura tuvieron por referente la visión oficial de la revolución mexicana y otros episodios insurgentes de la historia de México que entrañaban un culto a la masculinidad y el poder de los grandes héroes regionales o nacionales. Al igual que los revolucionarios de 1910, tanto los guerrilleros como los narcotraficantes usaron el corrido para narrar sus

enfrentamientos contra el Estado⁴. Ambos grupos manifestaban cierta fascinación por las armas, pero en ningún caso ejercieron una violencia irracional y sin motivación, como solían presentarla los medios de comunicación, pues ambos tenían proyectos claramente definidos, como se verá más adelante. Más allá de estas similitudes, no hay ningún elemento que pruebe que los narcotraficantes hayan ejercido el rol de bandidos sociales estilo Robin Hood o de rebeldes antisistema sin ideología.

A pesar de ser culturas clandestinas, tanto guerrilleros como narcotraficantes aspiraron a dominar el espacio público a partir de sus acciones espectaculares y entraron en una competencia espontánea por la hegemonía, siendo la juventud su objetivo principal de reclutamiento. Debido al explosivo crecimiento demográfico de la época, el sector juvenil tuvo mayor relevancia social que otros. Los jóvenes, trabajadores o estudiantes, a quienes estaban dirigidos los mensajes de los actores ilegales, provenían de los mismos sectores sociales: familias de obreros, jornaleros de los valles agroindustriales, pescadores o campesinos de la Sierra Madre Occidental.

Es importante señalar que las mujeres estuvieron presentes en cada etapa de la lucha guerrillera y también en cada proceso de la industria de la droga, pero sólo excepcionalmente fueron tomadas en cuenta en la elaboración de los referentes de ambas culturas. Éstas tuvieron una base profundamente patriarcal, aunque discursivamente la cultura guerrillera abogara por la igualdad de género. La historiografía también ha soslayado a las mujeres transgresoras. Carey puso de relieve el papel de las mujeres en su obra pionera para el caso mexicano *Women Drug Traffickers. Mules, Bosses, & Organized Crime* (2014), que comprende desde los comienzos del siglo XX hasta la década de 1970 (véase también Fernández, 2014). Respecto a las guerrilleras, no existe ninguna obra sobre las activistas Enfermas, siendo esta la mayor ausencia en los estudios sobre el tema⁵. La dificultad para acceder a las fuentes sobre las Enfermas no ha hecho posible que se incluya la perspectiva de género en este artículo.

Respecto a la guerrilla urbana, la historia del movimiento Enfermo, de su fase estudiantil a su participación como un frente de La Liga (1972-1979), ha sido explorada por Santos Cenobio (2007), Sánchez Parra (2012), Vicente Ovalle (2018) y Calderón (de próxima aparición). Estas obras se enfocan en Los Enfermos como un mundo autocontenido, sin reparar en sus interacciones cotidianas con otros actores, más allá de los movimientos populares o los agentes represores. Así, aunque estos autores también analizan la cultura política de Los Enfermos, la innovación del presente análisis es subrayar la coexistencia de la cultura guerrillera en los mismos espacios que la narcocultura y cómo ambos fenómenos tuvieron un efecto social muy amplio, al generar un clima de miedo, confusión y ansiedad que

⁴ El corrido es un género musical del medio rural semejante a la balada, cuya finalidad es narrar la vida de un personaje real o mítico.

⁵ El único trabajo sobre las mujeres de La Liga es la tesis de Lozano Rubello (2014).

favoreció el escalamiento de la contrainsurgencia y la derrota final del movimiento guerrillero.

El Movimiento Enfermo absorbió la influencia internacional de las corrientes revolucionarias comunistas, en particular el guerrillerismo latinoamericano representado a comienzos de los años setenta por el castro-guevarismo, el Manual del guerrillero urbano de Carlos Marighella, las guerrillas de Guatemala, Colombia, Venezuela y los Tupamaros de Uruguay. En lugar de inclinarse por una sola corriente, Los Enfermos desarrollaron posiciones ideológicas bastante eclécticas. En este caso se puede aplicar el argumento que formuló Victoria Langland (2013) con relación al movimiento estudiantil brasileño de los sesenta, que señala que eran los desarrollos locales los que influenciaban la recepción, dirección y significado ulterior de la cultura política global (p. 10). A diferencia del movimiento estudiantil brasileño, en el que el guerrillerismo fue marginal, la corriente pro-guerrillera hegemonizó al movimiento estudiantil de Sinaloa.

Los Enfermos se apartaron de su compromiso con los movimientos sociales de todo tipo tras adoptar la línea de los líderes de la Organización Partidaria, quienes

les presentaron una reformulación propia del Marxismo-Leninismo traducida en teorías como la de la Universidad-Fábrica. Esta tesis planteaba que la Universidad funciona como una fábrica, los profesores eran trabajadores y los estudiantes eran, simultáneamente, objeto de trabajo y fuerza de trabajo. Debido al desarrollo de su conciencia política, los estudiantes proletarios tenían la obligación de convertirse

en la vanguardia política de su clase (Tecla, 1978, p. 26). Los Enfermos representaron la aplicación más extrema de esa teoría y de otras estrategias de lucha de La Liga, como la insurreccional. En otras palabras, el movimiento armado sinaloense le imprimió su toque enfermo al marco político-militar de La Liga. Pese

a la retórica obrerista de La Liga, en la praxis de Los Enfermos el sujeto político central fueron los jornaleros, ya que en Sinaloa el desarrollo industrial era muy escaso y el estado estaba dominado por la agroindustria. Como lo han demostrado algunos de los estudiosos del Movimiento Enfermo arriba mencionados, la línea obrerista y militarista de La Liga era ajena al contexto sinaloense, contribuyó a la liquidación de la guerrilla y al desgaste de la izquierda sinaloense en su conjunto.

Por lo que toca al fenómeno del narcotráfico y la emergencia de la narcocultura, este artículo no ofrece una descripción puntual de la guerra entre clanes de la droga que capturaron el espacio urbano de Sinaloa durante 1970 y que empezó a ser registrada a través de los narcocorridos. Este conflicto ha sido abordado por Juan Fernández en su estudio *El Narcotráfico en Los Altos de Sinaloa 1940-1970* (2018), si bien aún hacen falta más estudios que describan con más detalle a los clanes o pandillas involucrados, tanto en las ciudades como en la sierra. Aunque las fuentes son muy escasas, Fernández demostró que es posible reconstruir las redes del narcotráfico a través de la oralidad.

En este artículo también se ha descartado narrar el origen y desarrollo de la narcocultura debido a la vasta bibliografía que se ocupa del tema, entre la que se encuentran las obras de Astorga (1995), Wald (2002), Edberg (2004), Córdova

(2011), Fernández Velázquez (2011), Muehlmann (2013) y Polit Dueñas (2013), entre otros. Lo que se destaca de la narcocultura es su contexto de emergencia y su proceso evolutivo con relación a otro proyecto forjado en la clandestinidad, como la cultura guerrillera.

Mientras que la cultura guerrillera tenía su base ideológica en doctrinas elaboradas en Europa y reformuladas y enriquecidas en el sur global, la narcocultura fue un producto regional que dejó al descubierto la importancia de México como productor de drogas para el mercado estadounidense a partir de la década de los sesenta. La base de la narcocultura fue un intenso intercambio cultural entre la Sierra de Badiraguato y los Valles de Culiacán, cuyas expresiones más visibles fueron una indumentaria peculiar de origen vaquero, el consumo suntuario, el culto a la violencia y los narcocorridos interpretados con música de banda, símbolo de la identidad sinaloense.

La narcocultura también delataba su conexión con la cultura hegemónica estadounidense al imitar sus valores individualistas, consumistas y competitivos, opuestos a los valores comunitarios de la sierra. Para los señores de la droga, la comunidad serrana ofrecía una fuente de trabajo barato, condiciones de seguridad personal y un espacio de sociabilidad para poder ostentar sus riquezas y legitimarse a través de acciones clientelares que no se diferenciaban en mucho de las que realizaba el Partido Revolucionario Institucional (PRI). La esencia de la narcocultura era el enriquecimiento individual ilícito, no sólo como una forma legítima de vida sino como proyecto existencial, sin ninguna contemplación por el bienestar colectivo. Esta búsqueda desenfrenada de riqueza, fuera de parámetros legales y morales, anticipó la que sería una de las subjetividades dominantes del México neoliberal a partir de mediados de la década de los ochenta.

Aunque este hecho ha pasado mayormente desapercibido, la narcocultura se erigió como una de las distopías ganadoras de la Guerra Fría mexicana, con una capacidad de expansión constante que refleja el dinamismo de la industria del narcotráfico. Al término de la Guerra Sucia en Sinaloa, hacia principios de 1980, la cultura guerrillera se convirtió en un tabú social. Podría suponerse que, desde principios de la década de 1970, la incorporación de miles de jóvenes a la industria del narcotráfico anticipaba la derrota de los revolucionarios. No obstante, Sinaloa fue el único estado del país donde la guerrilla logró la vinculación vanguardia-masas, por lo que el resultado de la competencia simbólica entre cultura guerrillera y narcocultura era contingente. Lo que ocurrió es que la contrainsurgencia determinó el éxito de la segunda. Pese al estigma social, ni la industria de la droga ni la narcocultura recibieron el mismo tratamiento que la guerrilla, cuyos militantes fueron exterminados y su cultura política proscrita. Hasta el día de hoy, Sinaloa es estigmatizado como un estado vinculado al narcotráfico y sus poderosas tradiciones de insurgencia y lucha social no sólo no forman parte de su historia oficial, sino que también han sido erradicadas de la memoria colectiva.

El primer apartado de este artículo comienza con una introducción sobre el Movimiento Enfermo, centrada no en sus confrontaciones políticas con diferentes

niveles de gobierno o en sus interacciones con los movimientos sociales, sino en su etapa de mayor radicalización y militarismo. Se argumenta que la violencia de Estado definió el nivel de radicalidad del movimiento guerrillero y por consiguiente la cultura política de Los Enfermos se construyó como una forma de autoprotección, tanto defensiva como ofensiva.

El apartado sobre el Asalto al Cielo muestra que el desbordamiento de la guerrilla urbana permitió al gobierno de Sinaloa ampliar el aparato contrainsurgente e imponer un estado de sitio de facto. A pesar de que el Movimiento Enfermo fue diezmado en 1974, tanto el terror de Estado como la continuidad de la reproducción de la cultura guerrillera en la clandestinidad, fueron acicates para mantener vivas a las brigadas estudiantiles de La Liga al menos durante cinco años más. Al mismo tiempo que el gobierno sinaloense se enfocaba en eliminar a los guerrilleros, permitía que los narcotraficantes bajaran de la sierra, capturaran el espacio urbano y se coludieran con el aparato de seguridad estatal. Todo esto ocurría mientras el gobierno federal concentraba los recursos de la contrainsurgencia en el estado de Guerrero, situación que cambió drásticamente con el advenimiento de la Operación Cóndor en 1977, que trasladó el foco de atención hacia Sinaloa y al Triángulo Dorado ⁶. En los siguientes apartados se analizan las peculiaridades de la cultura guerrillera sinaloense en sus dimensiones local y global, las intersecciones entre las vidas de guerrilleros y narcotraficantes y la narcocultura.

El Movimiento Estudiantil Sinaloense y La Enfermedad

“...muchos [caminos] hay abiertos, está toda la Sierra Madre Occidental, de donde un día habremos de bajar trayendo la verdadera libertad para nuestro pueblo. Integrante de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa, 1968” (Terán, 2005, p. 81).

El Movimiento Enfermo en Sinaloa tuvo tres etapas: la formativa, de 1966 a 1972; la de confrontación permanente con las fuerzas de seguridad, de 1973 a 1975 y la de repliegue táctico, de 1976 a 1979. De 1973 a 1974 Los Enfermos actuaron como un frente de La Liga, pero a partir de 1975, ante la aniquilación del movimiento Enfermo, la dirección nacional de La Liga fue responsable de organizar a las brigadas de estudiantes-guerrilleros. Entre 1979 y 1981, las fuerzas de seguridad acabaron con La Liga a nivel nacional y las pocas células de activistas que mantuvieron la consigna de la vía armada perdieron fuerza, hasta desaparecer. En esta sección se presenta una descripción muy general de las etapas, cuyo objetivo es entender el papel de la represión en la formación de la cultura guerrillera.

⁶ El Triángulo Dorado es la región de la Sierra Madre Occidental que conecta los estados de Sinaloa, Sonora y Chihuahua, caracterizada por el cultivo de estupefacientes, principalmente amapola y marihuana.

La Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) tuvo una gran influencia del pensamiento socialista durante el periodo cardenista, al grado de que durante 1937 y 1941 se llamó Universidad Socialista del Noroeste y su principal agrupación universitaria se denominó Federación de Estudiantes Universitarios Socialistas (Lazcano, 2001). A partir de 1941, de acuerdo con el giro conservador de la política nacional, cambió su nombre a Universidad de Sinaloa y en 1965 ganó su autonomía, convirtiéndose en Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). La importancia de la Universidad radicaba en que era la escuela de formación de cuadros para la vida política y administrativa del estado.

Las historias de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS) a partir de 1941 y el movimiento estudiantil de fines de los sesenta a principios de los setenta han sido descritas a detalle por Liberato Terán (1982), Rafael Santos (2007) y Sergio A. Sánchez (2012). El periodo de 1966 a 1972 está marcado por la lucha por el control de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) entre facciones, principalmente la encabezada por el gobierno del estado, las distintas corrientes al interior de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS) y el grupo José María Morelos conocido como Los Chemones. Como señala Santos Cenobio (2007), "esta proliferación de subgrupos provocó constantes conflictos, tensiones, negociaciones y, en muchos casos, imposiciones de tácticas y estrategias políticas" (p.101) de unas facciones a otras. El movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México también tuvo un impacto en Sinaloa, debido a las redes de solidaridad que formaban los estudiantes a través de agrupaciones estudiantiles como la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), vinculada al PCM.

A partir de 1968, la Juventud Comunista Mexicana (JCM) y Los Chemones se disputaron el liderazgo de la FEUS. Ambos grupos protagonizaron la lucha contra el rector Gonzalo Armienta Calderón (1970-1972), impuesto por el Gobierno Estatal en contra de la voluntad estudiantil. Las confrontaciones entre los estudiantes anti-Armienta y los grupos de choque (los llamados Gorilas) y las fuerzas de seguridad se volvieron cada vez más violentas. Los estudiantes, organizados en brigadas, aprendieron a defenderse con palos, piedras y bombas molotov.

Hacia fines de 1970, cuando el ala pro-guerrillera encabezada por Raúl Ramos Zavala rompió con la JCM a nivel nacional, el movimiento estudiantil sinaloense comenzó a vivir una escisión similar entre los que mantuvieron su lealtad al PCM y los que se inclinaban por la revolución armada. Paulatinamente, los radicales lograron ser la fuerza más influyente al interior de las casas del estudiante, donde vivían los estudiantes de bajos recursos o provenientes del medio rural. Mientras que los comunistas del ala demócrata planteaban que la prioridad era la reforma universitaria para democratizar a la institución, los radicales proponían que la Universidad fuera una plataforma más de lucha contra el capitalismo, aliada de las luchas obreras y campesinas (Sánchez, 2012b, p. 101). El reclamo no se daba en el vacío, sino que respondía al ascenso de las luchas populares en el estado, principalmente la lucha por la tierra.

A principios de 1972, los radicales asumieron el liderazgo de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS) y finalmente en abril de ese año el movimiento estudiantil logró la renuncia del rector Armienta. Eso motivó a los radicales a buscar cambios más profundos al interior de la Universidad. Al mismo tiempo, estos se sumaron a las luchas sociales y comenzaron a vincularse con organizaciones a nivel nacional que estaban a favor de la vía armada. A diferencia de lo acontecido en otras partes del país, los llamados Enfermos del virus rojo de la Revolución -apodo que hacía alusión al libro de Lenin, La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo (1920)- fueron la corriente que logró hegemonizar al movimiento estudiantil a nivel estatal. La mayoría de sus cuadros provenía de la UAS y del Instituto Tecnológico de Culiacán. La represión exacerbada del gobierno de Alfredo Valdés Montoya (1969-1974) contra cualquier protesta social, fue una de las causas principales de la radicalización estudiantil.

A partir de mediados de 1972, Los Enfermos participaron en casi todas las luchas, desde invasiones de tierras hasta huelgas. Cada manifestación terminaba en combates callejeros, pero en esos choques cotidianos los estudiantes perdieron el miedo, adquirieron experiencia para la autodefensa y empezaron a armarse. A pesar de que en cada evento había decenas de detenidos, Los Enfermos demostraron ser capaces de mantener una línea constante de confrontación con las fuerzas represivas.

Además de la represión estatal, una de las razones que explica el radicalismo del Movimiento Enfermo fue su convencimiento de que se encontraban ante una etapa preinsurreccional y que los choques contra el Estado favorecían la maduración de las condiciones revolucionarias (Valenzuela, 2006, p. 91). Esta valoración no respondía a un delirio colectivo, pues Sinaloa fue el único estado del país donde los estudiantes-guerrilleros controlaron la vida universitaria, se vincularon horizontalmente con los movimientos de campesinos, jornaleros y trabajadores y convocaron exitosamente a estos sectores a entablar combates de guerrilla urbana contra las fuerzas de seguridad. Era tal su empuje que Los Enfermos podían distribuir libremente propaganda de La Liga al interior de la Universidad, e incluso, difundir sus mensajes a través de la radio. Los grupos de izquierda controlaban Radio UAS, (fundada en 1971) y transmitían programas como El pensamiento del Che Guevara (Sánchez, 2012a, pp. 273-275).

Es importante tomar en cuenta también que Los Enfermos no estaban aislados, sino que, al vincularse a la Organización Partidaria a fines de 1972 y a La Liga en 1973, adquirieron una visión nacional sobre la extensión del movimiento armado, desde un lugar tan próximo como la Sierra Madre Occidental hasta uno tan lejano como la Selva Lacandona de Chiapas. Las movilizaciones locales y nacionales, aunadas a un clima global de luchas revolucionarias, hizo que Los Enfermos tuvieran un exceso de confianza acerca de la victoria final de su causa. En consecuencia, pese a su escasez de recursos y su limitado entrenamiento militar, Los Enfermos estuvieron altamente motivados para combatir a las corporaciones policiacas y militares.

El ingreso de Los Enfermos a La Liga desde la fundación de esta organización en 1973 tuvo consecuencias ambivalentes para el movimiento. La Liga les brindó adiestramiento político-militar y les envió cuadros experimentados para organizar a las bases, pero a cambio Los Enfermos perdieron autonomía y abandonaron el ideal de solidaridad incondicional con todas las luchas populares para adaptarse a la línea obrerista de La Liga, la cual estaba lejos de corresponder al contexto agroindustrial de Sinaloa (Santos, 2007, p. 230). Así, en vez de enfocarse en los campesinos, que tenían una gran capacidad de movilización, Los Enfermos buscaron una conexión con el movimiento obrero, el cual estaba muy lejos de desarrollar una conciencia revolucionaria. Los Enfermos pudieron continuar con su trabajo político con los jornaleros únicamente porque La Liga los consideraba obreros del campo.

La estrategia de La Liga de organizar brigadas clandestinas para hacer repartos armados de propaganda en los campos agrícolas y las huelgas familiarizó a los sectores subalternos con los estudiantes-guerrilleros y los hizo receptivos a su convocatoria. No obstante, la historia de esa vinculación se ha contado desde la perspectiva de los guerrilleros y poco se sabe de lo que pensaban los receptores del mensaje revolucionario. Muchos de los jornaleros eran de origen indígena, tanto de los estados del noroeste como de otras partes de la república, principalmente Oaxaca. Esta observación es más relevante en cuanto a que la vulnerabilidad étnica y de clase de los jornaleros que colaboraron con La Liga los ha convertido en un actor silenciado. Las narrativas especializadas sobre el Movimiento Enfermo ubican a los jornaleros como un recipiente donde los estudiantes vaciaron su radicalismo, como si aquellos no hubieran tenido agencia y voz propias. Lo mismo ocurre con las mujeres, pues a pesar de que ellas estaban incorporadas a las brigadas de agitación y propaganda y fueron víctimas de la represión, no hay hasta ahora ningún relato que las incorpore como un actor central. Hacen falta estudios que se enfoquen en unos y otras.

A pesar de la prolongada movilización popular radical, Sinaloa carecía de condiciones para una insurrección popular. El PRI mantenía el control de las corporaciones de obreros y campesinos más importantes del estado y si bien la elite gobernante estaba muy dividida, sus diferentes facciones coincidían en dos aspectos fundamentales: sofocar a los movimientos sociales por todos los medios posibles y gestionar la influencia del narcotráfico en la política, obligando a los narcotraficantes a pagar sobornos a cambio de protección. De este modo, cuando la guerrilla emergió, la respuesta del gobierno sinaloense fue muy virulenta, pues aquella añadía una capa más de caos e incertidumbre a un escenario de suyo complejo. Así, los grupos de la elite gobernante actuaron como un bloque para arrasar a la ultraizquierda.

Adicionalmente, las voces que dominaron la percepción pública a nivel nacional sobre el Movimiento Enfermo fueron las de los medios de comunicación y la izquierda democrática, quienes acusaron a los estudiantes-guerrilleros de ser

una perversión de la izquierda revolucionaria y un grupo de asesinos⁷. Incluso el exmilitante de La Liga, Gustavo Hirales, describió a Los Enfermos como un conjunto de actores irracionales en un análisis retrospectivo (Hirales, 1982). Esta visión no sólo impidió que los movimientos estudiantiles de otras partes del país se solidarizaran con Los Enfermos, sino que además contribuyó a generar una percepción distorsionada sobre la violencia política en Sinaloa. Si bien es cierto que Los Enfermos desarrollaron una cultura política autoritaria y violenta, sin capacidad de negociación con otros sectores de la izquierda, esta se debió a su valoración de que estaban operando en una situación de guerra contra el Estado. La izquierda democrática, que no creía en la realidad de la guerra, exigía que se emplearan mecanismos políticos de tiempos de paz. El desencuentro entre ambas posturas era irreconciliable.

Los análisis sobre el periodo, especialmente los que fueron elaborados por miembros de la izquierda democrática, pasaban por alto los niveles de violencia cotidiana en Sinaloa, causados tanto por la represión como por el narcotráfico, que gradualmente descendía de la sierra hacia los valles. El Movimiento Enfermo no fue la causa sino la consecuencia de un sistema profundamente autoritario, violento y descompuesto que se mantenía en beneficio de una élite que derivaba privilegios tanto de la organización de la economía legal como de la ilegal. La aceptación que tuvieron Los Enfermos entre algunos de los sectores sociales más explotados fue una muestra de las agudas contradicciones sociales del estado, las cuales estallaron finalmente en el Asalto al Cielo.

Del Asalto al Cielo al Estado de Sitio

El 16 de enero de 1974, La Liga movilizó a decenas de brigadas estudiantiles para llevar a cabo un ensayo de insurrección. El plan era la toma de la Culiacán partiendo de los campos agrícolas para tender un cerco estratégico. Los Enfermos ya habían intentado tácticas similares en el pasado. Cuando el ejército o la policía cercaban a los invasores de tierras, los estudiantes formaban un cerco más grande en torno a ellos. Sin embargo, nunca se habían propuesto tomar una ciudad entera. Lo más asombroso fue la convocatoria social que tuvieron: aproximadamente quince mil jornaleros pararon los campos agrícolas y muchos de ellos siguieron a La Liga en el saqueo de comercios, la quema de autobuses para bloquear el paso de las

⁷ El intelectual público que más contribuyó a generar una imagen de Los Enfermos como ajusticiadores sanguinarios fue el exlíder del movimiento estudiantil del 68 en la Ciudad de México, Gilberto Guevara Niebla. Guevara emprendió la batalla ideológica contra la guerrilla a raíz de que, en mayo de 1973, se diera un enfrentamiento entre los Chemones y Los Enfermos, donde su primo Carlos Guevara Reynaga fue herido de muerte. Guevara Niebla nunca aceptó que se había tratado de un enfrentamiento entre ambas partes, donde incluso un estudiante Enfermo, Pablo Ruiz, había perdido la vida. Por el contrario, fabricó la imagen de los guerrilleros como asesinos de la izquierda democrática, la cual fue ampliamente difundida por el PCM (Pliego Moreno, 2008). Sobre la visión del PCM de Los Enfermos, véase Calderón Viedas, Medina Viedas y Terán (2009).

fuerzas de seguridad y los enfrentamientos con la policía (Sánchez, 2012a, pp. 366-384).

El Batallón de Fusileros Paracaidistas (BFP) y otras unidades del ejército tomaron la ciudad y establecieron un estado de sitio (García, 1974). Policías y militares atacaron con saña las casas del estudiante y llevaron a cabo detenciones masivas. El número oficial de muertos fue de cuatro bajas, sin embargo, esta cifra resulta inverosímil en relación con los testimonios de los sobrevivientes. La DFS perdió el control sobre el movimiento debido a su carácter masivo. Sus reportes sobre la fallida insurrección reflejan una porción muy pequeña de los acontecimientos, además de enfocarse en la detención y tortura de los líderes guerrilleros (Archivo General de la Nación [AGN], s.f.).

A pesar de la avasalladora campaña contrainsurgente que siguió al asalto, La Liga calificó la operación como un éxito debido a que demostró que los guerrilleros podían movilizar a las masas, invitándolas a emplear tácticas de acción directa. No obstante, los jornaleros no mejoraron sus terribles condiciones laborales, ni La Liga consumó su tentativa insurreccional. Lo que sí ocurrió es que cientos de estudiantes y jornaleros fueron detenidos en las semanas que siguieron al asalto y el destino de muchos de ellos es incierto hoy en día.

Una de las acciones de La Liga que contribuyó a empeorar el clima de terror fue el secuestro del policía judicial de Sinaloa, Jesús Zavala Rocha, por parte de una brigada preparatoriana, el 18 de enero de 1974. Los estudiantes lo torturaron hasta matarlo, con métodos que escandalizaron a la opinión pública por su salvajismo (Archivo General de la Nación [AGN]), 1972; Sánchez Parra, 2012a, pp. 375-377; McCormick, 2018, p. 266)⁸. Aunque se trató de un caso aislado, que no reflejaba ni la línea política-militar de La Liga ni las tácticas internas del movimiento Enfermo, éste fue utilizado tanto por el gobierno como por la izquierda democrática como ejemplo de que Los Enfermos eran un grupo sanguinario movido por la venganza.

En el retrato que los medios rindieron de La Liga como un grupo irracional y trastornado, no se analizaron las causas que llevaron a los jóvenes estudiantes a cometer aquel atropello. La Policía Judicial de Sinaloa (PJS) era probablemente una de las más brutales de todo el país, ya que combinaba aspectos de la tortura profesional con la tortura sádica. Cuando la PJS detenía a estudiantes, aplicaba el inagotable repertorio de técnicas de tortura contra ellos, sin importar su edad o el tipo de delito que hubieran cometido. De hecho, la mayoría de los detenidos no había cometido ningún crimen, más allá de pertenecer a las brigadas de agitación y propaganda. Los estudiantes que torturaron a Zavala no estaban aplicando ninguna consigna guerrillera, sino que actuaron bajo un marco mental propio de los altos sinaloenses, conocido como la Ley del Talión o el Ojo por Ojo. Los estudiantes replicaron minuciosamente los métodos de tortura que la PJS usaba

⁸ Magdaleno (2014) ha usado este caso para equiparar los crímenes de los guerrilleros con los de las fuerzas de seguridad, en una especie de invocación de la teoría de los dos demonios, a pesar de tratarse de un caso aislado.

contra ellos: golpes, quemaduras, cortes e incluso violación. Su nivel de crueldad fue escandaloso, pero se trató de una imitación calculada del actuar policiaco.

Los estudiantes violaron los códigos morales de la guerrilla, evidenciando que no eran cuadros con entrenamiento político-militar sino simpatizantes coyunturales. De ningún modo se les puede considerar como ejemplo de la cultura guerrillera, pues su caso fue completamente excepcional para los parámetros del Movimiento Enfermo y de los movimientos guerrilleros a nivel nacional, e incluso estaba más próximo a los valores y prácticas de la narcocultura. Finalmente, el caso Zavala evidencia que el Movimiento Enfermo no puede ser visto como un bloque monolítico. Por el contrario, era una entidad bastante heterogénea, compuesta por individuos de orígenes geográficos y sociales diversos y con diferentes niveles de desarrollo político-ideológico.

La Cultura Guerrillera: Entre Apropiaciones Globales y Desarrollos Locales

[Los Enfermos]...Son los que sueñan con el hambre y su pesadilla es este País. Son los que quieren despertar porque la vida lastima y su paso, su peso, los asfixia. Tuvieron esperanza. Soñaban con la esperanza como una lámpara que alumbraba sin desgaste [...] Son los que mueren cuando todos los demás viven tranquilamente y no saben que ahí afuera los espera el final de sus días. Son los que leen, en silencio, un libro que nadie más ha escrito. Y escriben por su parte el libro de un País que nadie leerá. Nadie sabe quiénes son, ni cuántos han sido, a lo largo de los años contagiados por su palabra. Su palabra es contagiosa. Su palabra es la posibilidad de un arma empuñada en lo más hondo de la noche
Eduardo Ruiz, Anatomía de la memoria (2014).

56

La parte de la cultura guerrillera mexicana de 1970 sobre la que hay más fuentes es la ideología. La Liga, en concreto, fue la organización armada con la producción ideológica más grande a nivel nacional, registrada tanto en manuscritos para la discusión teórica como en propaganda para las masas. Los intelectuales de La Liga llevaron a cabo un esfuerzo de apropiación teórica de las corrientes de pensamiento comunista globales para adaptarlas a la realidad mexicana. Para los militantes, pertenecer a una organización que era capaz de ese nivel de elaboración ideológica era un motivo de orgullo. Sin embargo, los textos de La Liga eran el resultado final de un largo proceso de concientización, lectura y análisis y no decían nada acerca de las fuentes no teóricas que permitían el primer acercamiento de la juventud al pensamiento anticapitalista.

En las entrevistas con exguerrilleros, estos refieren el acceso a los mismos insumos culturales compartidos por toda la izquierda: historietas y revistas críticas del gobierno, novelas de realismo socialista ruso, corridos de la revolución mexicana, composiciones de la nueva canción latinoamericana, emisiones de Radio Habana y películas con un mensaje político o social a favor de los oprimidos. Los jóvenes sinaloenses participaron de esta cultura general de izquierda, pero tuvieron la peculiaridad de incorporar tempranamente elementos de la cultura

guerrillera que empezaba a conformarse y circular globalmente a partir de la década de los 1960. Los referentes ideológicos externos tenían una aplicación muy pragmática: motivaban a los estudiantes pobres a luchar para defender a su propia gente contra las injusticias de los patrones y los chotas (policías).

Un caso típico fue el de Audor Medina Quiñones (1956). Él provenía de una familia campesina de León Fonseca, Sinaloa de Leyva, cuyos integrantes se trasladaban a Culiacán cada año, de septiembre a abril, para trabajar como jornaleros en los campos tomateros. Un estudiante de la Escuela de Agricultura de la UAS, amigo de uno de sus hermanos, lo introdujo a la lectura de la revista de izquierda radical *Por qué?*. A Medina no le gustaba el trabajo en el campo y se decidió a estudiar. Confiesa que en la secundaria “me empezaron a pasar libros de Marx y Lenin, novelas rusas, pero no les entendía nada” (A. M. Quiñones, comunicación personal, 8 de mayo de 2017). Medina también se dijo impactado por la revolución cubana y las figuras de Fidel y el Che. La fuerte influencia del socialismo en su entorno escolar hizo que Medina simpatizara con esas ideas. Medina llegó a ser presidente de la Sociedad de Alumnos de su secundaria. Para el tiempo que su conocido Baltazar Véliz le envió el periódico *Madera*, ya estaba convencido de que había que hacer una revolución.

Un caso menos común que el de Medina fue el de César Cristerna (1955). Tenía doce años cuando el papá comunista de un amigo cercano lo empezó a adoctrinar y tuvo acceso a las populares historietas de izquierda que circulaban a fines de los sesenta y principios de los setenta a nivel nacional, como *Los Supermachos* y *Los Agachados*, cuyo caricaturista principal era Eduardo del Río, Rius. También era lector asiduo de revistas críticas del gobierno como *Sucesos* y *¿Por qué?* Con este bagaje, al ingresar a la preparatoria en Culiacán, Cristerna participó en el movimiento estudiantil entre 1971 y 1972. Melchor Inzunza lo invitó a colaborar como ilustrador del boletín *Caminemos*, dirigido contra el rector Gonzalo Armienta. Los editores le proporcionaban los contenidos y él los traducía en imágenes. Retrospectivamente, Cristerna considera que sus monitos eran muy elementales porque en aquella época “no entendíamos lo complejo que era la realidad” (C. Cristerna, comunicación personal, 6 de mayo de 2017), y prevalecía una visión maniquea del mundo.

A pesar de que Cristerna declinó ingresar al Movimiento Enfermo por no compartir su radicalismo, fue estigmatizado por haber colaborado con el boletín. Aunque era uno de los ilustradores más talentosos de Sinaloa, fue ostracizado y su carrera sabotada, lo cual lo llevó a arrepentirse de su pasado preparatoriano. Esta forma de represión más sutil e invisible ha pasado desapercibida debido a las dimensiones brutales de la contrainsurgencia. El clima de polarización política y social no dejó lugar a posiciones intermedias como la de Cristerna.

Uno de los documentos que mejor captura la combinación de influencias locales, nacionales y globales del movimiento estudiantil sinaloense y que refleja su transición hacia la guerrilla urbana es el boletín mensual *Caminemos*, que circuló entre fines de 1971 y principios de 1973. Aunque en sus inicios el boletín era

editado por un sector del PCM que defendía la autonomía y la reforma universitarias encabezado por Melchor Inzunza, a partir del número 9 de 1972, fue editado por miembros de la Casa del Estudiante Universitario Rafael Buelna Tenorio, que pugnaba por convertir a la Universidad en un espacio para la contienda revolucionaria, integrado a las luchas de obreros y campesinos (Santos, 2007, pp. 219-268). Debido al clima represivo, la Comisión Coordinadora de la FEUS pasó a la clandestinidad en octubre de 1972. En enero de 1973 Caminemos publicó su último número como Órgano de difusión de la comisión de la FEUS (Santos, 2007a, p. 276).

Caminemos era un boletín artesanal, en el que los estudiantes plasmaron no sólo su entendimiento de la ideología comunista sino también sus gustos estéticos, su sentido del humor, sus principios morales y otros aspectos inmateriales de su utopía social. A pesar de que para un lector especializado el contenido del boletín puede resultar muy elemental, en realidad este refleja un fenómeno inusual, que es el salto cualitativo en educación que dieron los estudiantes con relación a la generación de sus padres. A pesar de su existencia efímera, Caminemos tuvo un papel importante para unificar la cultura política al interior de las casas de estudiantes, construir una pedagogía revolucionaria para los estudiantes y fungir como organizador colectivo (Sánchez, 2012b, p. 103). Además, a diferencia del periódico Madera de La Liga que apareció tiempo después y que era pesadamente teorista, Caminemos tenía un gran atractivo estético y simbólico⁹. Los estudiantes robaban mimeógrafos para reproducir y distribuir masivamente el Caminemos y la propaganda de la FEUS.

Caminemos fue una especie de fotografía que capturó el momento de transición entre un movimiento estudiantil que buscaba el derrocamiento de un rector universitario hacia una guerrilla que buscaba la transformación revolucionaria de la sociedad. El boletín dejó de enfocarse exclusivamente en cuestiones estudiantiles para dar voz a las luchas agrarias que convulsionaban al estado. Dio cabida también a los escritos de líderes revolucionarios nacionales, como Ricardo Flores Magón y Genaro Vázquez Rojas, e internacionales, como Marx, Lenin, Che Guevara, Fidel Castro y el padre Camilo Torres de Colombia. Hubo una selección de contenidos que, ya fuera bajo el lenguaje poético o visual, transmitían mensajes similares, por ejemplo, los poemas de Otto René Castillo, José Martí y el poeta sinaloense Juan Guerra Aguiluz, los corridos de contenido social de Judith Reyes y los cartones políticos de Cisterna.

El guerrillero guatemalteco de las Fuerzas Armadas Rebeldes, Otto René Castillo, quien fuera quemado vivo por el ejército en 1967, fue el poeta más citado del boletín. Esto, lejos de ser una coincidencia, era una elección basada en el hecho de que los poemas de Castillo eran una apología a la valentía, el honor, la congruencia y el martirologio revolucionario, que el autor ejemplificó con su propia vida. Véase, por ejemplo, su poema De los de siempre:

⁹ La única colección completa del boletín Caminemos se encuentra en el Archivo Histórico de la UAS (AHUAS).

Usted,
compañero,
es de los de siempre.
De los que nunca
se rajaron,
¡carajo!
De los que nunca
incrustaron su cobardía
en la carne del pueblo.
De los que se aguantaron
Contra palo y cárcel,
Exilio y sombra.
Usted,
Compañero,
es de los de siempre.
Y yo lo quiero mucho,
por su actitud honrada,
milenaria,
por su resistencia
de mole sensitiva,
por su fe,
más grande
y más heroica,
que los gólogotas
juntos
de todas las religiones.
Pero, ¿sabe?
Los siglos
venideros
se pararan de puntillas
sobre los hombros
del planeta,
para intentar
tocar
su dignidad,
que ardera
de coraje,
todavía.
Usted,
compañero,
que no traicionó
a su clase,
ni con torturas,
ni con cárceles,
ni con puercos billetes,
usted,

astro de ternura,
tendrá edad de orgullo,
para las multitudes
delirantes
que saldrán
del fondo de la historia
a glorificarlos,
a usted,
al humano y modesto,
al sencillo proletario,
al de los de siempre,
al inquebrantable
acero del pueblo (1972, p. 9).

Los Enfermos también fueron muy receptivos a la prédica político-moral que Camilo Torres mandó a los estudiantes colombianos en 1965, y que el boletín Caminemos reprodujo subrayando las siguientes partes:

Nosotros sabemos que la labor agitacional es importante, pero que su efecto real se pierde si no va seguida de la organización y de la lucha por la toma del poder. Una de las causas principales para que la contribución del estudiante a la Revolución sea transitoria y superficial es la falta de compromiso del estudiante en la lucha económica, familiar y personal. Su inconformismo tiende a ser emocional (por sentimentalismo o por frustración) o puramente intelectual. Esto explica también el hecho de que al término de la carrera universitaria el inconformismo desaparezca o por lo menos se oculte y el estudiante rebelde deje de serlo para convertirse en un profesional burgués que para comprar los símbolos de prestigio de la burguesía tiene que vender su conciencia a cambio de una elevada remuneración. [...] Esa misma falta de contacto puede hacer que el estudiante traicione su vocación histórica; que cuando el país le exige una entrega total, el estudiante continúe con palabrería y buenas intenciones, nada más. Que cuando el movimiento de masas le exige un trabajo cotidiano y continuo, el estudiante se conforme con gritos, pedradas y manifestaciones esporádicas. Que cuando la clase popular les exige una presencia efectiva, disciplinada y responsable en sus filas, los estudiantes contesten con promesas vanas o disculpas. Es necesario que la convicción revolucionaria del estudiante lo lleve a un compromiso real, hasta las últimas consecuencias (Torres, 1972, pp.13-14).

Los Enfermos basaron su discurso en torno a la imposibilidad de traicionar a las clases explotadas debido a su identidad de clase. En uno de sus artículos, Caminemos señala:

Nosotros compañeros que vivimos en la casa del estudiante, que venimos de la clase explotada: obreros, campesinos, etc., debemos seguir adelante en la lucha. [...] No hay que olvidar... que si ganamos el movimiento y logramos expulsar a ese rectorzuelo, fue por el apoyo del pueblo. Y por tanto, con ellos debemos estar siempre para que

juntos lleguemos a la meta fijada, donde la clase a la que juntos pertenecemos llegue al poder (Mungarro, 1972, p. 5).

Caminemos también dio cuenta del cariz autoritarismo que adquirió el movimiento al seguir el camino de radicalismo planteado por el padre Torres. Como señala Sánchez Parra, Los Enfermos se adjudicaron el monopolio de ser los únicos y verdaderos revolucionarios que en los hechos demostraban su compromiso con sus hermanos de clase, la vanguardia que guiaba al proletariado en la consecución de sus objetivos históricos de clase (Sánchez, 2012b, p. 109). Este sentido de exclusión determinó que Los Enfermos vieran a todos los que no estaban de acuerdo con ellos como oportunistas, traidores y mediatizadores que sólo buscaban posiciones en la Universidad o el gobierno, principalmente al PCM y los Chemones.

Los Enfermos también criticaban "el intelectualismo como una patología que infectaba el cuerpo social de la izquierda mexicana" (Sánchez, 2012b, p. 110). Si para los demócratas los radicales eran la enfermedad infantil del izquierdismo, para los radicales la enfermedad del intelectualismo en la izquierda alejaba a los presuntos dirigentes de la base social. El activista Alejo argumentaba:

Da pena ver a algunos compañeros formando una élite flotando sobre un teorismo inútil, citando a Marx y Lenin. Es común escuchar [decir] a ellos lo siguiente: 'usted compañero, interpreta mal a nuestro país porque ya Marx decía en su capítulo 25, en la página 70, en el renglón 17, en su libro (Alejo, 1973, p.10).

Así, Caminemos dio cuenta de un fenómeno típico de la izquierda, que fue su infinita capacidad para la división y la exclusión.

En suma, Caminemos recogió las influencias que asimiló el movimiento estudiantil en su periodo de radicalización, sus expresiones de identidad y solidaridad de clase con los campesinos y jornaleros, la lucha ideológica de la Enfermedad contra el resto de la izquierda y su lucha física contra el Estado. El boletín fue uno de los instrumentos centrales en la formación de la identidad de los estudiantes-guerrilleros, la cual combinaba lo local y lo global, por lo que podría definirse como glocal.

Los Caminos Paralelos de Guerrilleros y Narcotraficantes

En estados como Sinaloa, Sonora, Chihuahua y Guerrero, que contaban con importantes movimientos guerrilleros rurales y urbanos, las autoridades estatales y federales lanzaron una guerra psicológica para asociar a las guerrillas con el narcotráfico. Los medios de comunicación solían ocultar la naturaleza política de las guerrillas rurales y las presentaban como asaltantes o bandas de ladrones de ganado (Aviña, 2018; Mendoza, 2006). Los medios no expusieron las campañas de contrainsurgencia en la Sierra Madre Occidental, sino que afirmaron que los militares perseguían a narcotraficantes. De este modo, la guerra contra el

narcotráfico se utilizó como cortina de humo para encubrir la Guerra Sucia, y los señores de la droga se beneficiaron de esta situación porque no se les persiguió con la misma saña que a los guerrilleros (Smith, 2013, p. 126).

Más allá de la propaganda oficial, cabe preguntarse sobre la relación existente entre guerrilleros y narcotraficantes en Sinaloa, donde ambos grupos compartían los mismos espacios. Aunque ambos eran en gran medida actores independientes, solían cruzarse de forma aleatoria. Dentro de la base popular-estudiantil que conformaba el Movimiento Enfermo, algunos elementos provenían de comunidades rurales donde el cultivo de marihuana y amapola era una práctica normal, por lo que no compartían la estricta postura antidrogas de La Liga. Los líderes del Movimiento Enfermo etiquetaron a esas personas como lumpenproletariado y sugirieron que, dada la naturaleza masiva del movimiento, no podían controlar a todo el mundo, por lo que no hicieron ningún esfuerzo por excluirlo (J.L. López, comunicación personal, 9 de mayo de 2017).

En general, la narrativa centrada en el heroísmo guerrillero suele ocultar los contactos ocasionales entre guerrilleros y narcotraficantes. El líder más conocido de Los Enfermos, Camilo Valenzuela (2006), se ha mostrado reacio a mencionar cuestiones relacionadas con las drogas en sus testimonios y entrevistas personales. Sin embargo, otros ex Enfermos han sido más explícitos sobre este tema, y sus testimonios son la fuente más importante para entender estas interrelaciones fortuitas.

Algunos estudiantes estaban igualmente influidos tanto por la cultura guerrillera como por la narcocultura, pero la experiencia de pertenecer a la UAS, a la FEUS o a las diferentes casas de estudiantes determinó su decisión de convertirse en guerrilleros en lugar de narcotraficantes. Además, los activistas radicales hicieron un trabajo excepcional en el reclutamiento individual, mientras que la narcocultura se basaba en la pertenencia a redes familiares específicas o de vecindad. Los testimonios de los guerrilleros revelan que su movimiento no percibía a los narcotraficantes como rivales o como una amenaza para su utopía social porque un mundo socialista no dejaría espacio para los vicios pequeñoburgueses, por lo que los narcos desaparecerían automáticamente.

Otra observación crucial es que los narcotraficantes no despreciaban a los guerrilleros, sino que los veían como seguidores de una causa condenada al fracaso. Es muy posible que algunos narcotraficantes y pistoleros fueran contratados para perseguir a las guerrillas, como indican algunos informes de la DFS, pero no hay más pruebas de que hubieran participado de forma sistemática en operaciones de contrainsurgencia (Smith, 2013, pp. 149-150). La competencia entre la cultura guerrillera y la narcocultura por captar los corazones y las mentes de la gente se produjo en gran medida en el ámbito simbólico, más que en la esfera pública.

Algunos jóvenes sinaloenses crecieron rodeados de la narcocultura, pero en cuanto entraron en contacto con las ideas comunistas, tomaron la decisión consciente de convertirse en militantes, como fue el caso de Saúl Armando Alarcón

Amézquita. Nació en 1956 en el barrio de Tierra Blanca, Culiacán, conocido bastión de narcotraficantes y epicentro de la narcocultura, ampliamente mencionado en los narcocorridos y la narcoliteratura. De niño, jugaba con niños que más tarde se vieron envueltos en el tráfico de drogas. Alarcón Amézquita siguió un camino diferente porque a los doce años su padrastro, que era comunista, lo introdujo en la literatura de izquierda.

Alarcón Amézquita, en 2017 afirmaba que, dada su formación política, veía a sus narcovecinos como lumpenproletariado, "producto de la falta de empleo y un espíritu aventurero. Lo primero no era culpa de ellos, el problema eran sus ganas de ganar dinero fácil" (Comunicación personal, 3 de mayo de 2024). No obstante, señaló: "cuando me incorporé a la guerrilla en 1973, necesitábamos armas y sabía que podía comprarlas a mis conocidos de Tierra Blanca" (Alarcón, comunicación personal, 3 de mayo de 2024). El 19 de junio de 1974, Alarcón fue detenido, torturado y encarcelado. Fue enviado al Instituto de Readaptación Social de Sinaloa (IRSS), otro espacio donde convivió con narcotraficantes y les mostró un respeto distante por una cuestión de autoprotección.

Alarcón Amézquita no fue el único exguerrillero que señaló los contactos instrumentales entre Los Enfermos y los narcotraficantes. José Antonio León Mendivil, alias El Negro, que perteneció a la primera generación de dirigentes de Los Enfermos, recordó que, en 1970, cuando el movimiento estudiantil comenzó a radicalizarse, desconocían el uso de las armas, pero como las fuerzas de seguridad tenían en la mira a los dirigentes, consiguieron pistolas 38 super y 22 para defenderse. El Negro, en el año 2000, aseguró que en las tomas de terrenos:

aprendimos más sobre el manejo de armas, [aunque] había tal nivel de desconocimiento -ahora lo puedo decir- que fuimos entrenados por gente ligada a la delincuencia, gente perversa, pero pensábamos que al estar en contacto con nosotros se iban a ilustrar. Nos enseñaron a usar el M-1 y yo descubrí el M-2 y el Garand por primera vez, eso fue en 1971 (Manzano, 2012).

La cárcel fue uno de los espacios donde guerrilleros y narcos fueron obligados a coexistir. Algunos de los guerrilleros encarcelados en el IRSS conocieron a Manuel Salcido Unzueta El Cochiloco, probablemente el narcotraficante más peligroso de la época. El ex-presó político José Luis López Duarte se mostró escéptico respecto a los esfuerzos del gobierno por contener el narcotráfico, pues recordó que, en su tierra natal, Guamúchil, de niño lustraba los zapatos de los soldados que realizaban operaciones antidroga en la zona. Cuando López ingresó al IRSS, a finales de 1973, fue testigo de que El Cochiloco y su hermano Gabino Salcido recibían protección de seis agentes de la PJS. A lo largo de su juventud, López comprobó que el gobierno nunca daba el mismo trato a narcotraficantes y guerrilleros.

López describió la relación entre Los Enfermos y los narcos como respetuosa pero distante, y afirmó que los guerrilleros renegaban del consumo de drogas dentro de la cárcel o de cualquier trato con narcotraficantes. Mientras que los

narcotraficantes utilizaban los alijos para esconder droga, los guerrilleros los utilizaban para guardar los libros comunistas (J. L. López, comunicación personal, 9 de mayo de 2017). Alarcón Amézquita confirmó que los presos políticos eran los únicos que no fumaban marihuana, y también afirmó que “los narcos, incluso El Cochiloco, nos admiraban porque nos veían como héroes que estaban en guerra contra el gobierno y su ejército, aunque pensaran que era una causa perdida. No se metían con nosotros” (Comunicación personal, 3 de mayo de 2017). A pesar de los cruces fortuitos entre guerrilleros y narcos, estos nunca hicieron ningún tipo de pacto o alianza. Los supuestos narcoterroristas que buscaban la destrucción de la sociedad sólo existían en la propaganda de guerra psicológica del gobierno, como el enemigo interno perfecto que encarnaba los miedos y ansiedades sociales.

La Narcocultura: de Sinaloa para el Mundo

Durante el periodo en que Sinaloa se convirtió en líder nacional en la producción de drogas, de los 1940 a los 1960, se gestaron las bases de lo que sería la narcocultura, la cual empezó a manifestarse con fuerza a partir de la década de los setenta. A diferencia de las fuerzas de seguridad y los guerrilleros, los narcotraficantes no elaboraron su marco cultural en términos ideológicos, aunque éste también tenía múltiples dimensiones: económica, política, social y cultural, al igual que una ideología total. Sin proponérselo, la narcocultura entrañaba un proyecto político de facto destinado originalmente a las zonas productoras de droga. La narcocultura tuvo un gran éxito desde 1970, no sólo porque logró construir identidades colectivas fuertes en torno al narcotráfico, sino porque influyó gradualmente en otros grupos sociales ajenos a esta actividad, como ciertos sectores de la población rural.

El principal objetivo de la narcocultura era construir una legitimación social de la industria de las drogas ilegales para asegurar la continuidad y expansión del negocio. El incremento de la demanda hacía necesaria la incorporación de más gente que no tuviera miedo ni constricciones morales para trabajar en la ilegalidad. Sin embargo, las familias que controlaban las redes del narcotráfico necesitaban trabajadores, no narcotraficantes que compitieran con ellos. Esta tensión entre necesitar más trabajadores, pero menos jefes, fue uno de los ejes que definió la narcocultura.

Desde sus inicios, la narcocultura vendía el discurso de que cualquier campesino pobre que fuera lo suficientemente dominante podía enriquecerse y adquirir estatus rápidamente, eliminando a otros competidores y sobornando o sometiendo a las autoridades (Grillo, 2011, p. 171). La narcocultura jugaba así con las aspiraciones sociales de los pobres y les ofrecía la esperanza de una vida mejor. A través del narcocorrido, la narcocultura rendía culto a los jefes victoriosos. Sin embargo, en cuanto los receptores de esos mensajes querían crecer en el negocio, se desataban violentas guerras de clanes o pandillas por el control de las plazas y las rutas de trasiego. La narcocultura también daba cuenta de estas guerras,

formando así un círculo perverso de seducción, enganchamiento, eliminación de los débiles y apología de los ganadores. Por consiguiente, el efecto más catastrófico de la cultura de las drogas no residía en su fase de consumo, sino en la de producción y circulación de la mercancía. A nivel nacional, este tipo de guerra entre bandas de narcotraficantes empezó en Culiacán hacia mediados de 1970, por lo que la prensa describió a la ciudad como “un nuevo Chicago con gangsters de huarache” (Astorga, 2005, p. 87).

Puesto que la violenta disputa por el mercado de la droga era el núcleo de la narcocultura, la mayor parte de sus referentes simbólicos está asociado al culto a la violencia y el dinero. No obstante, la narcocultura también se forjó absorbiendo otras influencias del entorno, principalmente el culto a los “grandes hombres” de la historia oficial, los marcadores sociales en indumentaria y música de los Altos y los valores capitalistas del American way of life, con el toque local de la burguesía mexicana.

Amado Carrillo Fuentes, El Señor de los Cielos, miembro de la poderosa familia Carrillo de narcotraficantes, nació en una ranchería de doscientos habitantes en Guamuchilito, Sinaloa. Estudió en una escuela pública, con los libros de texto gratuito que eran de distribución nacional. De acuerdo con su biógrafo no oficial, Andrade Bojorges (1999), Carrillo:

asimiló la verdad oficial: la concepción de una Revolución triunfante y sin aristas, de un camino claro y seguro hacia la prosperidad. Se empapó de la visión oficialista y monopólica de la conciencia nacional que tanto criticaron a Torres Bodet [quien fue Secretario de Educación de 1958 a 1964] los partidarios de la educación pluralista y crítica (p. 48).

La verdad oficial, basada en una visión profundamente patriarcal y sexista, incluía el culto a hombres como Álvaro Obregón, quien alcanzó la máxima investidura después de haber eliminado a todos sus adversarios. No es casual que los narcocorridos se inspiraran en el corrido revolucionario para contar las hazañas de los grandes hombres. La enseñanza de la historia en Sinaloa también destacaba a bandidos sociales locales del siglo XIX como Heraclio Bernal alias El Rayo de Sinaloa, y Jesús Malverde, encarnaciones mexicanas del legendario Robin Hood. Se sabe muy poco del Malverde histórico e incluso se ha puesto en duda su existencia, la cual ha quedado envuelta en mitos insondables. Durante 1970, en Culiacán empezó un culto popular a Jesús Malverde, quien gradualmente fue erigido como el santo patrono del narcotráfico, con una capilla y una ritualística propias (Peredo, 2020). A la fecha, Malverde es uno de los símbolos más conocidos de la narcocultura.

El narcotráfico hizo que Carrillo Fuentes -al igual que todo empresario ante una actividad lucrativa- desechara el nacionalismo aprendido en la primaria y considerara que su único territorio era un mercado libre transnacional para las drogas. Carrillo decía: “si ellos [los extranjeros] compran yo vendo. En este negocio

no hay fronteras ni nacionalidades" (Andrade, 1999, p. 25). En ese sentido, los narcotraficantes de los setenta fueron precursores de la subjetividad neoliberal.

Lejos de imitar a los bandidos sociales del pasado, los señores de la droga establecieron relaciones de patrocinio con sus comunidades de origen, que en muchos casos también eran productoras de droga en un esquema capitalista de ganancias desiguales¹⁰. Como parte de la leyenda que envolvía a Carrillo Fuentes, su biógrafo no autorizado afirmó que en su pueblo natal "tomó a su cargo las tareas del Estado: mandó construir la plaza, la iglesia, las banquetas, el alumbrado; ayudó a quienes se encontraban en una situación desesperada. Llevó trabajo, dinero, salud y prosperidad a ese rincón del mundo" (Andrade, 1999, p. 25). El mito del narcotraficante benefactor es la columna vertebral de la narcocultura, pues disfrazaba las relaciones de explotación entre los señores de la droga y las comunidades productoras y justifica la acumulación desmesurada de riqueza en una familia o individuo bajo el argumento de que ayuda y protege a la comunidad. En realidad, el patrocinio de los narcos fue semejante al clientelismo del PRI: ambos se hicieron del apoyo popular a través de dádivas y concesiones, pero sin ningún proyecto a largo plazo para sacar a las comunidades de la pobreza o promover su desarrollo sostenido.

Lo que las comunidades han dado a los señores de la droga ha sido sustancialmente más de lo que han recibido de ellos. De las comunidades, los narcos conseguían miembros para sus organizaciones delictivas, mano de obra y drogas a bajo costo. Además, las comunidades proporcionaban un contexto de seguridad y gratitud hacia los supuestos benefactores. Las comunidades también admiraban a los narcos por su valentía para enfrentarse al gobierno y a la DEA. Sin embargo, cuando las campañas antidrogas atacaban a las comunidades, los señores de la droga no hacían nada por defenderlas, por el contrario, buscaban sus propios pactos con las autoridades para obtener inmunidad.

Los marcadores sociales con los que los narcos se identificaban también provenían de las comunidades, por ejemplo, la música banda y los sombreros, camisas, cinturones y botas vaqueros adaptados a la estética de la ostentación. La hibridación de elementos rurales y urbanos es uno de los aspectos más característicos de la narcocultura. Tradicionalmente, los marcadores sociales de origen rural eran vistos con desprecio por las élites urbanas, hasta que los narcotraficantes demostraron su capacidad para emular el consumo suntuario de éstas. Un fenómeno que apareció en Sinaloa a finales de la década de los ochenta fue el de los llamados buchones, hombres y mujeres que a través de sus marcadores sociales encarnaban la hibridación urbano-rural de la narcocultura (Grillo, 2011, p. 180) A nivel ideológico, elites legales e ilegales compartían los mismos valores capitalistas en torno a la entronización del emprendedor exitoso y

¹⁰ Además, hay que tomar en cuenta que la representación de los narcotraficantes tiene variables regionales contrastantes, por ejemplo, entre la sierra y la frontera. No en todos los casos los narcos son percibidos como bandidos sociales, pues los mensajes de la narcocultura son interpretados en función de la clase social y el contexto del receptor (Edberg, 2001).

la acumulación de riqueza como meta existencial. Así, mientras que la contracultura y los movimientos estudiantiles de los 1960 rechazaban el consumismo y el American Way of Life, los narcotraficantes los integraban a su cultura.

Los narcocorridos, que empezaron a producirse de forma sistemática a partir de 1970, surgieron como una iniciativa de un grupo económicamente poderoso pero clandestino para dejar registro de su memoria histórica. Cuando los medios de comunicación los estigmatizaban, los narcotraficantes se defendían a través de la música popular. Hay muchos tipos de narcocorridos, algunos son espontáneos y otros hechos por encargo, pero la mayoría comparte la intención ya sea de construir una mitología sobre los jefes del narco o de registrar episodios históricos concretos (Astorga, 1995; Valenzuela, 2010). Como señala Ioan Grillo (2011):

los corridos llevan la noticia a la calle, describen fugas carcelarias, masacres, alianzas nuevas y pactos rotos para un público que consulta poco los periódicos. Mientras los juglares del siglo XIX mexicano recorrían las plazas públicas, los cantores contemporáneos emiten sus mensajes desde los estéreos de las pick-ups (p. 170).

Los narcocorridos son una de las fuentes más directas para conocer la vida clandestina del narcotráfico y algunos dan voz a los testimonios directos de los señores de la droga, los cuales usan un lenguaje en clave o doble sentido (Fernández, 2011). Los narcocorridos emplean un léxico muy elemental y su elaboración musical suele ser muy pobre, sin embargo, su contenido es ingenioso y algunos llaman la atención por sus críticas veladas a las campañas anti-droga de los gobiernos mexicano y estadounidense.

Pese a su origen común, el contraste entre los narcocorridos y el corrido guerrillero –en el que destacaron figuras como los compositores nortños Judith Reyes, José de Molina e Ignacio Cárdenas– es abismal. En estos últimos, la calidad musical, el tipo de léxico empleado y el mensaje político denota el nivel educativo elevado tanto del emisor como del receptor del mensaje. Aunque el corrido guerrillero también venera a los héroes caídos en la lucha, su énfasis es el sujeto colectivo y su objetivo la concientización social y la denuncia de la represión (Wald, 2002).

A partir del apogeo de la cocaína a principios de 1980, la narcocultura empezó a expandirse a otros terrenos además de la música, principalmente hacia el cine y la arquitectura. Las primeras películas sobre narcotraficantes eran de bajo costo y en general, carentes de valor estético, pero tenían un público cautivo. Este cine daría origen décadas después a la lucrativa industria de las narco-series televisivas. Respecto a la arquitectura, sus expresiones más notables son las mansiones de los narcotraficantes, repletas de piezas de oro, diamantes y otras excentricidades, pero, sobre todo, los mausoleos. El cementerio Jardines del Humaya de Culiacán, alberga algunos de los mausoleos más ostentosos y extravagantes del mundo, reflejo de que para los narcotraficantes la muerte es igual de importante que la

vida¹¹. Este cementerio representa un contrapunto grotesco respecto a las decenas de jóvenes sinaloenses que fueron sepultados en el Océano Pacífico en 1970, quienes nunca han sido memorializados y cuyos nombres ni siquiera son conocidos.

Los narcotraficantes conocieron a los guerrilleros, compartieron con ellos el espacio público y carcelario, pero no adoptaron ningún rasgo de su sistema de creencias y valores. Lo único que admiraban los narcos de los guerrilleros es que usaran las armas contra el gobierno, adoptando la violencia como un lenguaje común. El hecho de que tanto narcotraficantes como guerrilleros fueran impermeables a la influencia mutua se debe a que sus proyectos eran completamente antagónicos y se encontraban en una continua competencia. Una competencia de la que ninguno de los dos actores parece haber sido muy consciente en su momento, pues se produjo fundamentalmente en el reino de lo simbólico-imaginario.

En cambio, los valores de las fuerzas de seguridad y los de los clanes de la droga eran los mismos en lo tocante a la subjetividad de la violencia. No se trataba de una violencia meramente instrumental sino de una violencia sádica, que buscaba no sólo el sometimiento del enemigo sino su degradación extrema. Si durante la década de los setenta algún civil encontraba un cadáver torturado, baleado y desfigurado en las calles de Culiacán, podía pensar que el autor del crimen había sido un miembro de las fuerzas de seguridad o un narcotraficante, pues ambas opciones eran igualmente posibles. La violencia de las fuerzas de seguridad y de los narcotraficantes alcanzó su cúspide con la intersección de la contrainsurgencia y la guerra contra las drogas, instaurando en Culiacán un estado de sitio de facto permanente entre 1974 y 1982.

A principios de la década de los ochenta, mientras que la cultura guerrillera había sido extirpada del cuerpo social, la narcocultura inició un proceso vertiginoso de expansión de Sinaloa hacia el resto del noroeste, posteriormente al resto de México y América Latina y, finalmente, hacia las comunidades de inmigrantes hispanohablantes en Estados Unidos (Astorga, 1997). El compositor sinaloense de narcocorridos Chalino Sánchez, es un referente musical muy apreciado en la cultura popular a los dos lados de la frontera (Grillo, 2011, pp. 176-177). Esto no significa que los seguidores de la narcocultura estén directamente involucrados con la industria del narcotráfico, pero sí es un indicador de que la narcocultura ha conquistado la hegemonía cultural entre una parte de la población mexicana de origen predominantemente rural. En el siglo XXI, las nuevas generaciones no están familiarizadas con la contracultura de los sesenta, mucho menos con la cultura

¹¹ En mi trabajo de campo en Culiacán hice una visita a los Jardines del Humaya. La arquitectura de los mausoleos posee un rico eclecticismo, mezcla de diferentes estilos arquitectónicos desde el Renacimiento hasta la época actual. Los mausoleos reflejan el poder económico del difunto; algunos tienen capillas interiores, habitaciones, cocinetas y aire acondicionado y tienen vigilancia 24 horas al día.

guerrillera, pero a pocos escapa el significado de la narcocultura. La mayoría ignora que la victoria de la narcocultura fue un subproducto de la Guerra Fría.

Conclusiones

Mientras que el modelo agroindustrial, la proletarización y la explosión demográfica provocaron un acelerado crecimiento urbano, la educación gratuita permitió a miles de familias rurales y de bajos ingresos enviar a sus hijos a la Universidad por primera vez, con la esperanza de mejorar sus posibilidades de movilidad social. Lejos de lo que muchas de esas familias esperaban, la influencia global de las ideas socialistas, el radicalismo de las generaciones posteriores a 1968 y la formación de una cultura guerrillera autóctona, inspiraron a miles de estudiantes a unirse a la lucha armada en defensa de lo que ellos consideraban como su clase, el proletariado.

La narcocultura fue la gemela maldita de la cultura guerrillera. También fue una corriente clandestina que incorporó aspectos de la cultura popular, pero poco a poco se convirtió en un instrumento de la narcoélite para manipular los deseos y aspiraciones de los trabajadores pobres de la industria de la droga. Desde sus inicios, la narcocultura ha alimentado varios mitos que contribuyen a la legitimación social de los narcotraficantes. Los narcocorridos han presentado afirmaciones falsas o exageradas sobre el narcotráfico como el único medio de movilidad social ascendente para los campesinos pobres. Su representación de los narcotraficantes como bandidos sociales o benefactores de la comunidad pretendía contrarrestar la propaganda oficial que los describía como criminales sanguinarios y sin escrúpulos. En algunos casos, los narcocorridos también difundían la idea de que los narcotraficantes eran héroes populares porque desafiaban al gobierno, o incluso patriotas porque se oponían a la presencia de la DEA en México.

De forma simbólica, la narcocultura contribuyó a sacar a los narcotraficantes de sus escondites en el Triángulo Dorado para colocarlos en la esfera pública. La narcocultura ha sido ampliamente aceptada entre las clases bajas porque, entre otras cosas, enfatiza los rasgos positivos de los narcotraficantes y minimiza los más transgresores. El grueso de la sociedad mexicana desconoce que la narcocultura fue un subproducto de la contrainsurgencia y la Guerra Fría, pero a la fecha padece las consecuencias de su victoria sobre las utopías revolucionarias.

REFERENCIAS

- Alejo. (julio 1973). La Enfermedad del 'intelectualismo' en la izquierda. Caminemos.
Andrade Bojorges, J. (1999). La historia secreta del narco. Desde Navolato vengo. Océano.

- Archivo General de la Nación. (1974). Estado de Sinaloa [Expediente 100-2-1, H264-255]. Fondo Dirección Federal de Seguridad.
- Archivo General de la Nación. (s.f.). Los enfermos [Versión pública, legajo único]. Fondo Dirección Federal de Seguridad.
- Astorga Almanza, L. (1995). Mitología del "narcotraficante" en México. UNAM Plaza y Valdés Editores.
- Astorga Almanza, L. (1997). Los corridos de traficantes de drogas en México y Colombia, *Revista Mexicana de Sociología*, 59(4), 245-261.
- Astorga Almanza, L. (2005). El siglo de las drogas: el narcotráfico, del Porfiriato al nuevo milenio. Plaza y Janés.
- Aviña, A. (2018). A War Against Poor People. En J. M. Pensado y E. C. Ochoa (Eds.), *Revolutionaries, Radicals, and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies* (pp. 134-152). Tucson: The University of Arizona Press.
- Calderón, C., Medina, J. y Terán, L. (2009). La utopía corrompida. Radicalismo y reforma en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Océano.
- Calderón, F H. (s.f.). *Laboratories of Dissent: Student Power, Memory, and the Urban Guerrilla Experience During the Mexican "Dirty War"* [Manuscrito en preparación]. Consultado con permiso del autor.
- Carey, E. (2014). *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses and Organized Crime*. University of New Mexico Press.
- Castillo, O. (enero 1972). Poesía de Otto René Castillo. Caminemos.
- Cedillo, A. (2022). The War on Drugs, Counterinsurgency, and the State of Siege in the Golden Triangle (1977- 1982). En B. Smith y W. Pansters (Eds.), *Histories of Drug Trafficking in Twentieth Century Mexico* (pp. 240-262). University of New Mexico Press.
- Córdova, N. (2011). La narcocultura: Simbología de la transgresión, el poder y la muerte. Sinaloa y la "leyenda negra". Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Edberg, M. (2001). Drug Traffickers as Social Bandits. *Journal of Contemporary Criminal Justice*, 17(3), 259-277.
- Edberg, M. (2004). *El Narcotraficante. Narcocorridos & the Construction of a Cultural Persona on the U.S.-Mexico Border*. University of Texas Press.
- Enciso, F. (2015). Nuestra historia narcótica: Pasajes para (re) legalizar las drogas en México. Debate.
- Fernández Velázquez, J. (2011). Los sinaloenses: entre gustos musicales, gozos y representaciones. De los corridos sobre narcotráfico y narcotraficantes a los narcocorridos (1970-2000). [Tesis de Maestría, Universidad Autónoma de Sinaloa].
- Fernández Velázquez, J. (2014). Las mujeres en el narcotráfico. *Revista Clivajes*, 1. <https://www.academia.edu/34970558/204121326-Las-mujeres-en-el-narcotrafico-Clivajes-UV.pdf>.
- Fernández Velázquez, J. (2018). El narcotráfico en Los Altos de Sinaloa 1940-1970. [Tesis de Doctorado, Universidad Veracruzana].

- García Ibarra, A. (1974). *Oligarquía sí! Sinaloa: Estado torpe o reino de la barbarie? Cuando los latifundios se fertilizan con sangre*. [Edición personal].
- Grillo, I. (2011). *El Narco. Inside Mexico's Criminal Insurgency*. Bloomsbury Press.
- Heath, E. (1981). *Mexican Opium Eradication Campaign*. [Tesis de maestría. California State University].
- Hirales Morán, G. (1 de junio de 1982). *La guerra secreta*. Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=4068>.
- Hirales Morán, G. (1996). *Memoria de la guerra de los justos*. Cal y Arena.
- Langland, V. (2013). *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*. Duke University Press.
- Lazcano Ochoa, J. (2001). *La Universidad Socialista del Noroeste. Documentos, relatos y opiniones*. Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Lozano Rubello, G. (2014). *Guerrilleras de La Liga Comunista 23 de septiembre: sujetos de transgresión en México (1973-1977)*. [Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco].
- Magdaleno Cárdenas, Á. (2014). Los otros muertos. *Históricas, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México*, 99, 2-14.
- Manzano, Guillermo, A. (7 de septiembre de 2012). *Toño León: de guerrillero a diputado*. Blog Ojo de Gato. <http://likatsin.blogspot.com/2012/09/tono-leon-de-guerrillero-diputado.html>.
- McCormick, G. (2018). *Torture and the Making of a Subversive During Mexico's Dirty War*. En J. Pensado y E. Ochoa. (Eds.), *México Beyond 1968, Revolutionaries, Radicals, and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies* (pp. 254-272). The University of Arizona Press.
- Mendoza, J. (2006). *Los medios de información y el trato a la guerrilla. Una mirada psicopolítica*. En V. Okión y M. García. (Eds.), *Movimientos armados en México, siglo XX*. (Vol. 1, pp. 145-180). Zamora: CIESAS/El Colegio de Michoacán.
- Muehlmann, S. (2013). *When I Wear my Alligator Boots: Narco-Culture in the U.S.-Mexico Borderlands*. University of California Press.
- Mungarro. (junio 1972). *Nosotros hijos de parias, obreros y campesinos, debemos seguir luchando*. Caminemos.
- Peredo, D. (2020). *Jesús Malverde: el imaginario colectivo del bandido social y los exvotos en su capilla, 1909-2019*, *Esriptá*, 2(4), 42-68.
- Pliego Moreno, I. (2008). *Sobre el 68*. Entrevista con Gilberto Guevara Niebla, *Sociológica*, 23(68), 197-208.
- Polit Dueñas, G. (2013). *Narrating Narcos: Culiacán and Medellín*. University of Pittsburg Press.
- Ruiz Sosa, E. (2014). *Anatomía de la memoria*. Candaya.
- Sánchez Parra, S. (2012a). *Estudiantes en armas: una historia política y cultural del movimiento estudiantil de Los Enfermos (1972-1978)*. Universidad Autónoma de Sinaloa.

- Sánchez Parra, S. (2012b). "Caminemos: ¿un periódico enfermo?," Revista 2.0, Conocimiento histórico en clave digital, 4, 100-114.
- Santos Cenobio, R. (2007). "Los Enfermos:" Un movimiento político-armado en Sinaloa (1972-1976). [Tesis de maestría, Universidad de Guadalajara].
- Smith, Benjamin T. (2013). The Rise and Fall of Narcopopulism: Drugs, Politics, and Society in Sinaloa 1930-1980, Journal for the Study of Radicalism, 7(2), 125-165.
- Tecla Jiménez, A. (1978). Universidad, burguesía y proletariado. Fondo de Cultura Popular.
- Terán, Lorenzo Q. (2005). Tribuna impresa. Crónica periodística, 1966-1970. Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Torres, C. (Julio 1972). Mensaje a los estudiantes. Caminemos.
- Urioste, R. (21 de diciembre de 1976). 543 crímenes por la droga en Culiacán. El Sol de México.
- Valenzuela Arce, J. (2010). Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México. El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela Fierro, Camilo. (2006). "El movimiento de Los Enfermos," en Héctor Ibarra Chávez, ed., La guerrilla de los '70 y la transición a la democracia. Ce-Acatl.
- Vicente Ovalle, C. (2018). Estado y represión en México. Una historia de la desaparición forzada, 1950-1980. [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México].
- Wald, E. (2002). Narcocorrido. A Journey Into the Music of Drugs, Guns, and Guerrillas. Rayo.
- Wood, E. (2003). Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador. Cambridge University Press.



Este trabajo está sujeto a una [licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)